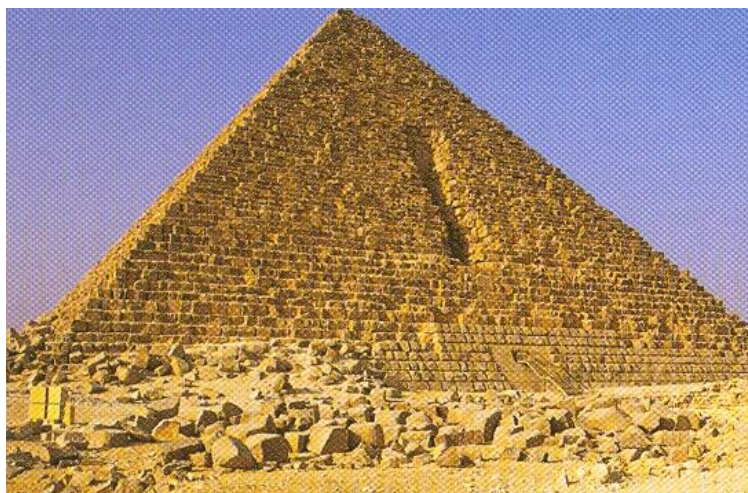


La pirámide de Mikerinos (Menkauré).



La pirámide de Mikerinos.

Mikerinos, Menkaure, significa en egipcio: «la potencia de la luz divina es estable». Su pirámide realiza maravillosamente este «programa». Se trata de un monumento paradójico. Es ciertamente la más pequeña de las tres, con una altura de unos 65 m y una longitud de lado, en la base, estimada entre 105 y 108 m. Las distintas medidas son aún muy imprecisas. La más pequeña de las grandes pirámides es, sin embargo, también aquella en la que se

utilizaron bloques de mayor tamaño. En materia de estabilidad, nada tiene que envidiar a ningún otro monumento.

Una inscripción indica que el faraón acude a menudo a inspeccionar las obras para verificar el progreso de los trabajos, insistiendo ante el Maestro Real de los albañiles para que se respeten los plazos. Sabemos así, al mismo tiempo, que ese Maestro estaba a la cabeza de cincuenta obreros y dos artesanos de élite, lo que confirma una vez más el escaso número de especialistas presentes en estas enormes obras.

Hay historias de mujeres en torno a esa pirámide. Primero los griegos, muy aficionados a los chismes falsos, propalaron el rumor de que Mikerinos prostituyó a su propia hija a fin de obtener el dinero necesario para finalizar las obras. Pura invención. Luego, la leyenda afirmaba que una tal reina Nitokris, que efectivamente vivió a finales del Imperio Antiguo, concluyó la construcción y se hizo enterrar en la pirámide, en un sarcófago de basalto azul que, desgraciadamente, no ha sido encontrado. Por último, Rhodopis, la hermosa de rosadas mejillas, es indisoluble del monumento. La joven princesa se estaba bañando en el Nilo cuando un halcón, o un águila, bajó de lo alto del cielo para robarle una de sus sandalias y la dejó luego caer en las rodillas del faraón, en Menfis. Inmediatamente seducido por la idea del hermoso pie que debía proteger semejante sandalia, el rey mandó localizar a su propietaria. La desposó y ella se convirtió en reina de Egipto. El lector habrá reconocido, fácilmente, el original egipcio del célebre cuento de la *Cenicienta*. Rhodopis no ha muerto. Desnuda, tan bella como siempre, aparece a veces, muy cerca de la pirámide, a mediodía y cuando el sol se pone. Los que se acercan a ella, seducidos por su belleza, se enamoran perdidamente y se vuelven locos. Olvidan que para amar a Rhodopis hay que ser faraón...

La sólida pirámide de Mikerinos ha conservado parte de su revestimiento calcáreo que, en el siglo XIV, permanecía intacto. El tercio inferior del monumento estaba revestido de granito, del que se conservan imponentes restos en las caras norte y este. En la cara este se levantaba el templo funerario, destruido en el siglo XVIII. Allí se descubrieron las

célebres tríadas de Mikerinos (hoy en el Museo de El Cairo), donde el rey aparece rodeado de diosas o personificaciones de provincias. Las tres pequeñas pirámides, al sur de Mikerinos, estaban dedicadas a reinas. Por lo demás, encontramos de nuevo el número tres, que parece haber sido especialmente importante para este faraón.

El interior de la pirámide de Mikerinos presenta numerosos enigmas. La entrada, como era regla en la época, se halla en la cara norte, a unos cuatro metros por encima del nivel del suelo. Esta pirámide raramente se visita, pues el recorrido resulta bastante penoso. Tomemos pues esta entrada (n.º 1 del plano):

no nos extrañará encontrar un corredor que desciende hacia las entrañas de la tierra (n.º 2). El corredor se vuelve horizontal y se topaba con unas gradas de granito, una vez superadas, se llega a una gran cámara funeraria (unos 4 m de alto, 10,57 m por 3,85 m, n.º 3 en el plano). Todo parece indicar que nos hallamos en la cámara funeraria de Mikerinos. En realidad, no es así. De la estancia sale un corredor (n.º 4) en sentido ascendente, que es en realidad un callejón sin salida. No permite llegar al interior de la pirámide. Además, al oeste de esta estancia se había excavado una hornacina. Contenía un sarcófago con el nombre de Mikerinos. ¡Pero era una obra muy posterior a su reinado! A su lado, algunos restos momificados. No son los del faraón ni los de algún egipcio del Imperio Antiguo. Se supone que pertenecen a un ladrón o, más probablemente, a un «cuerpo de sustitución», una falsa momia, en cierto modo, que completaría este decorado de engaño. En esta pirámide no hay que subir sino seguir bajando. La verdadera cámara funeraria se encuentra debajo (n.º 5 en el plano), accediéndose a ella por un paso oblicuo que se abre en un lugar preciso, en medio del «falso sepulcro».

Esta vez llegamos al centro vital de la pirámide, una magnífica cámara totalmente revestida de granito, que contenía un sarcófago de basalto decorado en fachada de palacio, decoración de la que ya vimos un ejemplo monumental en el recinto de la pirámide de Zoser, en Saqqara. No hay cuerpo en el interior, y, el colmo del infortunio, el sarcófago ha desaparecido. El barco que lo llevaba a Europa naufragó.

El santuario se completa con una última estancia a la que se accede por una escalera de siete peldaños, en el paso entre ambas cámaras funerarias. Estancias muy pequeñas, hornacinas en número de seis se abren en las paredes norte y este. En este lugar se celebraba el culto del alma del rey, en las profundidades de la tierra.

Si echamos una mirada al conjunto de los caminos interiores de las tres pirámides de Gizeh, se advierte claramente que todo el recorrido de Mikerinos es subterráneo, que el de Kefrén es esencialmente horizontal y el de Keops vertical, con etapas bien marcadas. Obtenemos así el conocimiento de lo que está bajo tierra, lo que está en tierra y lo que está por encima de la tierra. Las tres pirámides desarrollan el simbolismo de los tres rellanos de la vida, los tres niveles esenciales del universo, formando un conjunto perfectamente coherente en el que cada uno de los tres edificios desempeña su papel particular.

